

declaración sobre el carácter único, original, verdaderamente autóctono de la Constitución ateniense, el orador señala sus rasgos esenciales.

En primer término, la igualdad absoluta entre todos los ciudadanos. El gobierno tiene por objeto el interés de todos y no el de una oligarquía. En las cuestiones privadas todos son iguales ante la ley; ni la posición social ni la fortuna dan ningún privilegio para dirigir los asuntos públicos, y el valor propio de los individuos pobres ó ricos es lo que les asegura la influencia. Esta igualdad es esencialmente liberal.

Igual liberalismo en la vida diaria de los ciudadanos. Ni la ley ni las costumbres vigilan tiránicamente su actividad ó sus placeres.

Esta ley y estas costumbres, liberales en cuanto se refiere á las relaciones individuales, son severas y temibles para exigir el cumplimiento de los deberes públicos; sobre este punto, las sanciones legales y las de la opinión mantienen una disciplina respetada por todos.

La vida no es en ninguna parte más agradable que en Atenas. Fiestas públicas durante todo el año, diversiones de toda clase en la vida de los particulares, constituyen un saludable descanso de los trabajos.

La situación de Atenas y la extensión de su comercio marítimo hacen afluir á ella los productos de todo el mundo para la mayor comodidad de la existencia.

Ninguna hostilidad envidiosa respecto de los extranjeros. Nada de preparación misteriosa á la guerra. Atenas no tiene nada que ocultar, no inquieta la paz por la preocupación incesante de los combates futuros. Confía en el valor natural de sus ciudadanos y está dispuesta siempre á obrar por su buena salud moral sin tensión artificial y exagerada. Es fuerte á la vez sobre el mar y sobre la tierra, y cuando llega la hora de la acción no es menos brava ni menos temible que sus rivales. Gracias á esta conducta inteligente pudo asegurarse otras superioridades. Atenas ama las artes sin caer en la afición al lujo y ama la ciencia sin renunciar á la acción. No desprecia las riquezas, pero tampoco hace de ellas un frívolo objeto de orgullo; la riqueza sólo es á sus ojos un útil instrumento de acción, y si la pobreza es vergonzosa, es porque carece de energía para triunfar.

Además, la democracia ateniense es inteligente: en Atenas el ciudadano sabe cumplir á la vez con sus asuntos propios y con los de la ciudad; se ve allí lo que no se ve en parte alguna, hombres laboriosos ocupados en un oficio y que al mismo tiempo intervienen en la política; todos son capaces, si no de concebir el partido que debe tomarse en cada ocasión, por lo menos de juzgarla sanamente. No creen que la palabra perjudique á la acción; por el contrario, cuando hay decisiones que adoptar, temen á la ignorancia no aclarada por la palabra. En todas partes el valor en las resoluciones procede sobre todo del

desconocimiento de las dificultades: en Atenas va acompañado de cálculo y de reflexión, y el conocimiento de los peligros que es preciso correr no ocasiona debilidad, lo cual es la característica de las almas verdaderamente fuertes.

Luego, Atenas es generosa, da su benevolencia menos por un cálculo egoísta que por un impulso desinteresado; agasaja á sus amigos por sus beneficios sin esperarlos de ellos; no por eso es su amistad menos segura, porque el sentimiento de la obligación contraída con respecto á otro debilita el agradecimiento.

En una palabra, Atenas es la escuela de Grecia (*παιδευσις τῆς Ἑλλάδος*); en parte alguna posee cada individuo mayor flexibilidad enérgica para plegarse con elegancia á la variedad de las circunstancias y mostrarse al nivel de todas las necesidades.

Tal es la imagen de Atenas que se presenta á los ojos de Pericles. He ahí el ideal del demócrata ateniense, bien distinto sin duda del cuadro pesimista trazado por los adversarios de la democracia. Destaco particularmente de él lo que se refiere á la competencia relativa del pueblo en materia política y el magnífico elogio de la palabra considerada como la antorcha indispensable para iluminar las resoluciones discretas. Ahí está una respuesta directa á la más grave y constante de las objeciones que se dirigen contra la democracia. Que sea preciso rebatirla en la realidad, no importa por el momento; basta

indicar aquí que los defensores de los derechos del pueblo, conociendo la objeción, la rechazan. Señalaré también el carácter profundamente liberal que se atribuye á la igualdad democrática; es éste un punto de gran importancia, porque esta interpretación elimina *a priori* toda derivación de la igualdad en el sentido de una dominación tiránica del Estado ó de una opresión social de los individuos, cualquiera que sea. La igualdad ateniense en el pensamiento de los fundadores de la democracia es esencialmente individualista y liberal: implica la sumisión á las leyes, pero sólo dentro del dominio en que la ley debe ejercitarse, esto es, en el cumplimiento de los deberes cívicos indispensables á la vida colectiva de la ciudad; en otros términos, y para emplear el vocabulario moderno, el espíritu de donde procede esta igualdad no es ni estatista ni socialista; una vez más tenemos ahí solamente un ideal que sería imprudente confundir con la realidad sin más examen. No es menos importante escuchar sobre este grave asunto la opinión de los más altos espíritus, de los verdaderamente representativos del pensamiento ateniense.

El ideal trazado de ese modo por el Pericles de Tucídides vuelve á encontrarse más ó menos completo en todos los oradores que durante un siglo todavía han guiado al pueblo de Atenas de un extremo á otro; de este período que se extiende hasta la dominación macedonia: se invocan los mismos principios, se expresa por la boca de los oradores la

misma confianza tranquila en la nobleza de aquellos principios. Sería enojoso seguir paso á paso y detalladamente la explicación de la democracia por la elocuencia. Será bastante poner los jalones en el camino, por decirlo así, y mostrar con algunos ejemplos cómo la fuerte voz de Pericles resonó aún, con eco distinto y poderoso, en los discursos de un Isócrates ó de un Demóstenes, en los cuales cada uno de ellos, por lo demás, insiste preferentemente en el aspecto de este ideal que mejor responde á sus preferencias personales ó al objeto particular de su discurso. Porque no sería posible hallar otro ejemplo tan condensado y completo á la vez de esta síntesis; pero sean los que sean los puntos que atraigan especialmente la atención de los oradores, la imagen total es siempre la misma: es la de una Atenas igualitaria y libre, inteligente y activa, amante de las artes y capaz de hacerse temer; sobre todo, profundamente civilizada.

El *Panegírico* de Isócrates es, á decir verdad, una larga paráfrasis del discurso de Pericles. Encuéntrase allí la mayoría de las ideas ya expresadas por Tucídides y de vez en cuando hasta imitaciones literales ó muy directas. Isócrates, el pacífico, no es un admirador sin reserva de la realidad contemporánea, ni un partidario de la política belicosa, que había sido la de Atenas en tiempo de Pericles. Por eso es más curioso hallar aún bajo su pluma los mismos elogios en principio otorgados á la democracia ateniense, á

su amor á la libertad, á sus fiestas, á sus hazañas militares, á su poder marítimo, á su hegemonía en Grecia; pero si elogia la guerras médicas y las victorias obtenidas sobre los bárbaros, detesta de las guerras entre griegos; desea la hegemonía para Atenas, pero una hegemonía fundada en los servicios prestados, en la justicia y el respeto de los derechos. Lo que elogia sobre todo en Atenas son sus sentimientos dulces, el imperio de la ley, la afición á las cosas espirituales; es, en una palabra, cuanto hace de ella la capital de Grecia (*ἄστυ τῆς Ἑλλάδος*) (1). Los que en ella son discípulos, son maestros en cualquier otra parte; ella es la que ha hecho del nombre de Grecia no la designación de una raza, sino el nombre de la civilización misma (2). Y esta supremacía de Atenas es inseparable de su constitución política, porque la constitución es el alma de los Estados (*ψύχη πόλεως ἢ πολιτεία*) (3). No es que lo admire todo en esta constitución: tiene reservas respecto del sorteo (4), pero en el conjunto la prefiere á todas las demás y sobre todo á la oligarquía, de la que detesta y á la que condena repetidamente.

A diferencia de Isócrates, Demóstenes es más bien belicoso; conoce los peligros que rodean á Atenas y la quiere fuerte ante todo

(1) *Antidosis*, p. 299.

(2) *Panegírico*, p. 50.

(3) *Areóp.*, p. 14 y después.

(4) *Paz*, p. 14.

para defenderse; desconfía de los consejeros pusilánimes que adormecen su vigilancia y enervan su valor; sabe además cuándo llega la ocasión de recriminar al pueblo con rudeza afectuosa y reprocharle sus culpas; pero él también ama á aquella democracia, á la que maltrata con frecuencia; reconoce que es manantial profundo de la grandeza ateniense y que esta grandeza no sólo está constituida de fuerza material, sino también de fuerza moral. El carácter de los atenienses no es como el de los tebanos ó espartanos: es noble y humano, conoce y practica el desinterés, es amante de la belleza y de las ideas generosas. El papel histórico de Atenas es un papel de sacrificio á todas las grandes causas y especialmente á la libertad griega. El pueblo de Atenas es el único capaz de conmoverse y estremecerse al oír hablar de los derechos de Grecia (τὰ κοινὰ δίκαια τῶν Ἑλλήνων); es el único capaz de consolarse hasta de la derrota pensando que ha cumplido con su deber hasta el final y que ha sido fiel á sus tradiciones.

Todos estos rasgos concuerdan entre sí; todos van á justificar lo que decía ya Herodoto, que el pueblo ateniense había cobrado en el sentimiento de su libertad política el entusiasmo que le había dado el triunfo en las guerras médicas. A esta afirmación añaden todos la idea de una grandeza intelectual y moral, enlazada directamente á la existencia de la libertad política.

II.—Juicios desfavorables de los antiguos.

No debe creerse, sin embargo, que esta admiración por la democracia ateniense fuese general en el mundo griego. Lo cierto es lo contrario; su misma novedad chocaba con todas las costumbres espirituales y con todas las tradiciones. Grecia estaba acostumbrada desde siglos antes á respetar á Esparta, cuya imagen se opone á la de Atenas como una antítesis viviente. En la *Oración fúnebre* de Tucídides cada elogio dedicado á Atenas significa una crítica indirecta de Esparta. Era inevitable que no sólo los adversarios políticos de la democracia, sino hasta los espectadores indiferentes en una Grecia formada de ese modo en el respeto del ideal espartano, se asombrasen ante un ideal tan profundamente distinto y nuevo.

En la misma época de la guerra del Peloponeso, esto es, en el momento en que Tucídides componía su *Oración fúnebre*, un aristócrata desconocido, cuya obra figura entre las obras de Jenofonte bajo este título: *La República ateniense*, hacía un curiosísimo y agudo análisis del carácter de esta constitución; como no podía menos de esperarse, la juzga detestable. El reproche fundamental que la dirige es precisamente el de ser igualitaria; eso es haber destruído el privilegio de los nobles y poner en el mismo lugar á

los desconocidos. Es haber dado así la preponderancia al número, á aquellos á quienes llama los malos (*πονηροί*) y reducido á la impotencia á los buenos (*χρηστοί*). Los «buenos», los «malos». Así se designa corrientemente en la aristocracia griega á los ricos y á los pobres, á los nobles y al pueblo. Estas expresiones, con sus sinónimos, son tan usuales, que han acabado por entrar en el idioma general y todo el mundo llama «gobierno de los mejores (*ἀριστοκρατία*) al régimen que se opone lógicamente á la «democracia». Los demócratas, sin embargo, emplean preferentemente el término oligarquía, gobierno de los menos numerosos, que expresa lo mismo, sin añadir á ello una apreciación ofensiva para la mayoría de los ciudadanos.

Sea de ello lo que sea, la mayoría, el número á los ojos de nuestro aristócrata, son irremediabilmente malos é indica claramente la razón de que ocurra así: «Entre el pueblo es donde hay más ignorancia, indisciplina y maldad; la pobreza lanza á los hombres á cosas vergonzosas, produciendo la ineducación y la ignorancia por falta de dinero» (1). En el pensamiento del autor no se aplica únicamente este reproche á la democracia ateniense; tiene un alcance más general: es la eterna crítica dirigida en todos los tiempos á la democracia por sus adversarios.

Es cierto que la aristocracia ateniense en

(1) *Rep. At.*, I, 5.

conjunto poseía una cultura más refinada que la del pueblo: visitaba con frecuencia á los sofistas y las palestras; tenía la costumbre del mando. También es cierto que muchos hombres del pueblo eran groseros y mediocres; pero falta saber si la superioridad de que se engrería nuestro aristócrata era tan absoluta como él mismo cree y si la cultura de las clases ricas les daba en un grado eminente las cualidades de buen sentido, de sacrificio por el bien público, de respeto á las leyes, de moralidad política, que son el fundamento necesario de la vida de las ciudades; y por otra parte, si la mayoría de los ciudadanos carecía totalmente de esas cualidades. Y es muy posible que ello sea así. En el siglo VI, cuando la aristocracia ateniense fué soberana, fué cruelmente opresiva y tiránica. Cuando se convirtió en un partido de oposición y de minoría, ha representado un triste papel; los conjurados de 411, los treinta tiranos de 404, no fueron, ni por la inteligencia política ni por la moralidad, modelos que pudiera proponerse á la democracia. Unos y otros dejaron un recuerdo detestable aun para aquellos de sus amigos desprovistos de fanatismo, y no hay nada en ninguno de sus actos comparable á la conducta de un Aristides ó de un Trasíbulo. Debe reconocerse, por lo tanto, que el reproche general dirigido por nuestro autor á los demócratas carece de autoridad en boca de un representante del partido más violento y más sectario. En cuanto á la parte de verdad que puede contener,

la veremos mejor cuando estudiemos la democracia ateniense en sí misma, no ya sólo en su organización exterior, sino en sus costumbres de acción y de pensamiento.

Es más interesante escuchar á nuestro aristócrata en sus observaciones de carácter más objetivo, y que á veces se vuelven elogios involuntarios.

Aunque acuse á la democracia de ignorancia y grosería, le reconoce una gran inteligencia para el mal, ó al menos para el mantenimiento de su dominio propio y la satisfacción de sus intereses; señala á maravilla cómo todas las instituciones están combinadas para ese fin. A eso se añade una multitud de observaciones ingeniosísimas y agudas, sobre la organización de los tribunales, sobre las relaciones con los aliados, sobre las fiestas públicas, sobre el comercio; llegan á ser demasiado ingeniosas cuando se refieren á un designio premeditado que no ha podido existir en grado tan alto. Hay menos cálculo en las cosas humanas. Pero un observador tan clarividente no podía dejar de acumular verdades interesantes. Algunas de ellas, poco favorables á la democracia ateniense, son dignas de recordarse á pesar de la malevolencia de la intención general, porque por otra parte están confirmadas; sobre todo, lo que dice con referencia á la venalidad de algunos magistrados ú oradores. Otras, favorables al pueblo, deducen un valor particular de la intención antidemocrática de la obra. Por ejemplo, á propósito del número

de jueces, que parecía á veces excesivo, hace notar que este número les ponía más al abrigo de las intrigas y de la venalidad. Luego, refiriéndose á la esperanza que los aristócratas pueden fundar sobre el descontento de los ciudadanos castigados con la *atimia*, esto es, privados de todos sus derechos por un juicio, hace notar que esta esperanza es frágil, toda vez que las condenas de este género son raramente injustas, y sin pensarlo rinde así un brillante homenaje á la democracia, de que es enemigo. Sean sus críticas como quiera que sean, el carácter esencial de la constitución ateniense está trazado con la clarividencia de una vivísima inteligencia política que el odio hace aún más penetrante.

Iguales críticas, aproximadamente, y las mismas observaciones se encuentran en los filósofos, con los matices impuestos por el concepto que cada uno tiene del Estado y por su modo particular de pensar.

No conocemos la opinión de Sócrates más que indirectamente, por las pocas palabras que Jenofonte le atribuye; pero no hay duda de que el padre del intelectualismo, que enlazaba la virtud con el saber y no encontraba verdadero saber más que en la dialéctica, debió experimentar algún desprecio por esas asambleas políticas, formadas, como él mismo dice, en alguna parte por bataneros, zapateros, albañiles, herreros, aldeanos, pequeños comerciantes, gentes que no piensan más que en vender caro lo que han compra-

do barato, en una palabra, de todo lo que hay en la ciudad de más ininteligente y de más miserable (1).

Para Platón, los atenienses son unos locos simpáticos. Conocemos su ideal de gobierno: una casta de magistrados y de guerreros formados por una educación filosófica muy completa y viviendo aparte en comunidad con las mujeres y los bienes y que gobernasen, desde lo alto de su prudencia, á la multitud de los ignorantes y de los trabajadores. La república ateniense, que no asegura ningún puesto de honor para el filósofo, que concede á los groseros marineros los mismos derechos que á un Sócrates, le parece un extraño absurdo. Del buen orden que quiere ver reinar en todas partes, en las almas individuales como las ciudades, por el triunfo de la inteligencia dirigiendo las pasiones nobles y las pasiones inferiores, de esta armonía del carro simbólico en que el cochero, νοῦς (la razón), dirige á los caballos, θυμός y ἐπιθυμία (el valor y el deseo), no encuentra huella alguna en Atenas. El gobierno ateniense es una anarquía de ignorancia y de grosería, donde la filosofía no tiene un lugar (2). El pueblo está libre de todo temor respecto de las leyes (3). Aun en las cosas de arte y de educación, como el teatro, no son los jueces competentes los que dicen la última palabra: reina únicamente la multitud y

(1) *Memor.*, III, 7, 5, 6.

(2) *Rep.*, p. 492-3, C.; 496, C.-E.

(3) *Leyes*, p. 699, C.

sus opiniones hacen ley (1). El colmo de la sinrazón es la igualdad democrática: la libertad desmedida acaba en la anarquía, y ésta, á su vez, acaba fatalmente en la tiranía (2). Y, sin embargo, si el teórico en Platón es cruel y absoluto el artista, el hombre de gusto se entrega á maravillosas inconsecuencias. Ocurre con sus juicios sobre Atenas como con los que pronuncia sobre Homero: echa á Homero de la república, pero le adora. Encuentra á Atenas insensata, pero está prendado de ella. En alguna parte expresa su admiración por Pericles, que fué, sin embargo, un gran demócrata (3). Reconoce que el Atenas de las guerras médicas se ha mostrado capaz de disciplina voluntaria y de sacrificio (4). Esta ternura invencible por la ciudad absurda y encantadora, se expresa deliciosamente en las palabras que presta al lacedemonio Megillos, uno de los personajes del diálogo de las *Leyes* (5). Este es proxenos de los atenienses en Esparta, por tradición de familia, y debe á esta herencia una simpatía persistente por los atenienses. Los defiende contra sus propios conciudadanos cuando éstos los atacan. «Vuestro lenguaje—dice—suena dulcemente á mis oídos, y lo que se dice comúnmente de

(1) *Leyes*, p. 701, A. (sobre la teocracia).

(2) V. todo el libro VIII de la *Rep.*, sobre todo páginas 556 y siguientes.

(3) *Fedro*, p. 269, E.

(4) *Leyes*, p. 668.

(5) *Leyes*, p. 642-3, D. (libro I, c. II).

los atenienses, que cuando son buenos lo son más que los demás, me parece completamente verdadero: su virtud, en efecto, no es resultado de ninguna violencia; es un puro don de los dioses y no tiene nada artificial.» La desdicha para Platón es que esta virtud exquisita no cuenta con ningún privilegio en la ciudad. He ahí, sin embargo, de pasada, un bello elogio de la libertad ateniense, en este altivo despreciador de la democracia (1).

Aristóteles no tiene estos desdenes transcendentales, no condena ninguna forma de gobierno *a priori*: la monarquía, la aristocracia, la democracia son formas legítimas de organización política; cada una de ellas puede tener su razón de ser en la naturaleza de las cosas. Si la superioridad intelectual y moral es el privilegio de una familia ó de una clase, la monarquía ó la aristocracia son necesarias y buenas; pero si no existe ninguna superioridad de ese género, la democracia es un régimen razonable. Por lo demás, todas las formas de gobierno tienen sus peligros propios. Para la democracia, como para las demás, la salvación no puede consistir más que en la moderación, que no lleve

(1) No hablo del *Menexenos* en que Platón, obligado por las reglas de la oración fúnebre á celebrar la Constitución ateniense, sale del paso declarando que es una verdadera aristocracia á pesar de su nombre, porque llama á las funciones del Estado á los ciudadanos mejores. El pasaje es, además, muy corto: esta ingeniosa paradoja no soportaría un largo desarrollo.

al extremo ningún principio y que dé una participación á todos los intereses. La prudencia es la ley suprema de los gobiernos, como de los individuos. La Constitución de Solón era prudente, pero poco á poco la democracia ateniense se ha desviado hacia la exageración de la igualdad y se ha separado de la razón recta (1). La buena democracia es la que se limita en el justo medio y la moderación (*μετρι*). Aristóteles declara también que esta democracia media debe contener más elementos democráticos que elementos oligárquicos. Reconoce en estas críticas equilibradas al filósofo del justo medio, que coloca á la virtud de cualquier clase á igual distancia de los extremos, y también al observador infatigable que no quiere obtener el conocimiento de las cosas más que en el estudio de los hechos reales. Esta crítica, sin embargo, es teórica nada más en parte, cosa natural en un filósofo, y se refiere más á la organización misma de la ciudad ateniense que á su espíritu y á sus actos. Queda, pues, la tarea de confrontarla con los hechos.

Otro testigo contemporáneo, Isócrates, igualmente discípulo de Sócrates, ha dirigido contra el régimen democrático de su tiempo críticas interesantes, pero alcanzan más á los detalles de conducta que á los principios. Isócrates declara repetidamente que no es un enemigo de la democracia;

(1) *Política*, II, p. 1273, B. 35-1274, A. 21. Análogas ideas en la *Const. At.*, sobre todo 23 y 28.

sueña solamente con una democracia más prudente que aquella en que vivía, con una democracia adornada de todas las virtudes que atribuye á la edad de Solón. Hemos de tener muy en cuenta sus observaciones cuando estudiemos lo que ha sido en la realidad la vida política de Atenas.

Los otros críticos de la democracia ateniense, como Polibio y Plutarco, ya no son contemporáneos suyos. Sus objeciones merecen ser examinadas, aunque Polibio sea más bien un aristócrata, con prejuicios de clase, y Plutarco haya perdido en gran parte el sentido de las realidades políticas; pero sus apreciaciones no son más que opiniones personales análogas á las que los modernos pueden expresar sobre las cosas de la antigüedad y sin valor documental alguno. Por lo tanto, no nos detendremos en ellas por ahora.

Llegamos, pues, al estudio objetivo de la realidad ateniense; hemos visto los cuadros trazados por Solón, Clístenes y Pericles á la actividad de la democracia. Hemos señalado el carácter increíblemente igualitario de esta organización; hemos anotado el escándalo que provoca entre los aristócratas y los teóricos. Pero las formas de gobierno son abstracciones, cuadros vacíos. Nos falta ver lo que estas formas poseían de realidad viva, cuáles fueron los hombres que usaron de este gobierno, á qué reglas obedecieron y qué efectos realizaron. La igualdad, en efecto, tal como aparece en la Constitución ateniense, puede dar lugar á resultados muy diferen-

tes, según el espíritu del pueblo que la proclama; puede conducir á la tiranía de uno solo, á la opresión de los individuos por el Estado, al socialismo ó, por el contrario, á la anarquía: todo depende de la manera de aplicarla; las formas políticas no son nada fuera del uso que se haga de ellas. Es preciso examinar, separados de toda opinión preconcebida, lo que eran los atenienses y lo que han obtenido de los principios que fijaron sus hombres de Estado.